

antes, y si ella hubiera querido poner atención, hubiera oído con mucha claridad ciertas vocecitas que le gritaban: Sácame, sácame de la tierra; ya estoy madura, madura, madura.

Pero la señorita Ana, como ya hemos dicho, no reparó en ello.

CAPÍTULO II

Donde se contiene el primer Acontecimiento Milagroso, y otros sin los que no puede existir el cuento prometido

El señor Dapsul de Zabelthau bajaba generalmente á medio día de su torre astronómica, para comer frugal, reducida y sobre todo silenciosamente con su hija: al señor Dapsul no le gustaba hablar. Anita se guardaba muy bien de importunarle con sus discursos; y sabía por otra parte que si su papá llegaba á tomar la palabra, todo lo que hacía era soltar un intrincado galimatías que le obligaba á volver la cabeza á otro lado; pero aquel día, la próspera cosecha de legumbres que esperaba, y la carta del enamorado Amando le causaron tanto gozo, que charlotéó sobre dos asuntos á la vez sin detenerse siquiera á respirar. Esto llegó á tal extremo, que el señor Dapsul de Zabelthau dejó caer su cuchillo y su tenedor y exclamó tapándose los oídos: « ¡Cuántas palabras huecas! ¡qué cháchara tan atroz! » y después viendo que Anita asustada al oír esta riña guardaba

silencio, añadió con tono lento y lagrimoso, según su costumbre:

« Por lo que hace á las legumbres, ya sabía yo, querida hija mía, ya sabía yo, repito, hace mucho tiempo, que los astros serian favorables á esta especie de producciones y que el hombre terrestre comería muchas coles, rábanos y ensalada, con el objeto de aumentar la materia y de conservar bien en sí mismo el fuego del alma universal, como en un puchero bien hecho y mejor tapado. El principio gnómico podrá resistir á la salamandra enemiga, y yo me alegro de comer nabos, plato que sabes preparar divinamente.

» Por lo que hace al joven Amando de Nebelstern, ningún obstáculo hallo para que no te cases con él, cuando vuelva de la universidad. Sólo te encargo que no te olvides de avisarme por medio de Gottlieb el día en que tu novio haya de llevarte al altar, para acompañaros á la iglesia. »

Calló el señor Dapsul por un momento, y luego sonriéndose y dando golpecitos con el tenedor en el vaso, cosas ambas que siempre solía hacer á un mismo tiempo y que hacía muy pocas veces, continuó, sin mirar á Anita, en cuyo rostro brillaba la más pura alegría: « Tu novio es un hombre que ha ó tiene de ser... quiero decir, que es un gerundio (1), cuyo horóscopo tengo ya hecho hace tiempo.

» Las constelaciones son todas favorables: veó primero á Júpiter, después á Venus con aspecto sextil; pero Sirio las separa, y precisamente en el punto de la intersección veo un gran riesgo, de que debe salvar Amando á su novia. No puedo en verdad decir de qué género es el tal

(1) El grave astrólogo anda aquí en retruécanos con el nombre de Nebelstern; Amando, gerundio del verbo latino *amare*; *amandus* que ha ó tiene de ser amado.

riesgo, porque al mismo tiempo veo que interviene un astro desconocido, el cual parece como que desafía á todos mis conocimientos astrológicos. Hay además un hecho cierto y en que el estado físico, especialmente llamado por los hombres locura ó demencia, es el único que puede hacer á Amando capaz de salvarte. ¡ Oh hija mía ! prosiguió el Sr. Dapsul volviendo á su tono lastimero ; ¡ oh hija mía ! no quiera Dios que un poder enemigo, oculto ahora á mis proféticos ojos, venga á asaltarte de repente, y ojalá que el joven Amando de Nebelstern no tenga que salvarte de más riesgo que del de quedarte para solterona. » El señor Dapsul exhaló unos tras otros infinidad de suspiros, y concluyó de este modo : « Pero ¿ qué veo ? Sirio se detiene repentinamente en su camino, y Venus y Júpiter, á quienes había separado, siguen juntos su carrera. »

Hacia ya mucho tiempo que el Sr. Dapsul de Zabelthau no hablaba tanto como aquel día : cansado, pues, con un discurso tan largo, se levantó y volvió á subir á su observatorio.

Al día siguiente, muy temprano, respondió Anita á Nebelstern con una carta concebida en estos términos.

« Queridísimo Amando :

» Es imposible que te figures cuánto me he alegrado de recibir tu carta : he hablado de ella á papá y me ha prometido que nos acompañará á la iglesia. Haz por volver á la universidad lo más pronto posible. ¡ Ay ! ¡ que no lograra yo comprender tus preciosos versos que están rimados tan lindamente ! Cuando los leo en voz alta y á solas, me parecen prodigiosamente hermosos y aun creo entenderlos ; pero un momento después, todo se borra, se embrolla y se confunde y se me figura que no he leído

más que palabras que no pueden estar juntas... El maestro de escuela dice que así debe de suceder, porque escribes en el lenguaje de la culta sociedad, y que no puedo entenderlos, porque soy ignorante y necia. Escríbeme y dime si puedo también llegar á ser sabia, dentro de algún tiempo, y sin que tenga que abandonar el gobierno de la casa. ¡ No será posible ! pero, ¡ paciencia ! cuando seamos marido y mujer, quizás lograré atrapar algo de la erudición y del lenguaje de moda.

» Te envío el tabaco de Virginia que me has pedido, mi querido Amandito : he llenado con él lo mejor que he podido la caja de mi sombrero, y he puesto mi sombrero nuevo de paja en la cabeza del Carlomagno que está en el comedor, y que no tiene pies, como ya sabes, porque no es más que un busto.

» No vayas á burlarte de mí, querido Amando : he hecho también unos versitos muy bien rimados. Dime, cuando me respondas, cómo es que, sin ser sabia, hallo tan fácilmente la rima. Escucha :

Mucho te amo, aun cuando estás ausente,
Y en casarme contigo tendré gusto ;
Sin nube, el cielo está limpio y luciente ;
Hay estrellas de noche : no me asusto.
Así debes amarme eternamente
Y no darme jamás ningún disgusto.
Virginia buena en un cajón te envío :
Piensa en mí, mientras fumas, amor mío.

» Ten la bondad de agradecer mis buenos deseos : cuando yo entienda la lengua sabia lo haré mucho mejor.

» Las cabezas amarillas echan muchísimo este año y los rábanos negros van muy bien ; pero ayer el pavo grande tuvo el atrevimiento de picar al perrito en una

pata ; ¡ pobre Feldmann ! ; Ay ! es imposible ser enteramente feliz en el mundo ! Mil besos de pensamiento, queridísimo Amando ; tu fiel amante.

» ANA DE ZABELTHAU.

» P. D. Te he escrito muy de prisa, y por eso van los renglones tan tuertos.

» P. D. Pero te ruego que no te incomodes, porque si mis renglones van tuertos, mi corazón va muy derecho y seré toda la vida tu fiel.

» ANA.

» P. D. ¡ Dios mío ! ya se me olvidaba lo más importante ; todo se me olvida !

» Papá me encarga que te dé expresiones y que te diga de su parte que tú has ó tienes de ser... un hombre que me salvará de un gran riesgo. De lo cual me alegro mucho repitiéndote que soy tu fiel y tierna amante.

» ANA DE ZABELTHAU. »

Así que la señorita Ana acabó de escribir esta carta sintió aliviado su corazón de un gran peso, porque se había tomado mucho trabajo para hacerlo ; pero todavía se alegró más y estuvo más contenta cuando consiguió cerrarla y ponerle el sobre, sin quemarse los dedos, ni emborronar el papel. En seguida escribió sobre la cajita de tabaco estas tres letras en grandes caracteres : V. M. N. y lo envió todo á Gottlieb para que lo llevaran inmediatamente al correo del pueblo inmediato.

La señorita Ana llevó provisiones á los habitantes del corral, y después se fué corriendo á su sitio favorito, es decir, al huerto. Al echar una ojeada sobre el cuadro de zanahorias, recordó que era ya tiempo de coger las más hermosas y de pensar en los catadores del pueblo.

Llamó á la criada para que la ayudase, se adelantó con bastante precaución hasta llegar al centro del cuadro y cogió por las hojas marchitas la zanahoria más hermosa ; pero al querer arrancarla se oyeron unos sonidos muy singulares. No es este el momento de pensar en la mandrágora, que cuando se le quiere arrancar del suelo lanza tan lamentables gritos que parte el corazón de todo hombre sensible : no, los sonidos que se oyeron entonces formaban una risa aguda y alegre. Como quiera que sea, ello es que la señorita Ana soltó la presa, y exclamó espantada : « ¡ Cuidado ! ¿ quién se burla de mí ? » pero viendo que el ruido había cesado volvió á coger las hojas marchitas y exteriores, que eran espesas y gordas, indicio cierto de tener una zanahoria más gorda que todas las demás y sacó animosamente de la tierra, sin que le diese cuidado la risita que sonó por segunda vez, la mejor y más tierna zanahoria que puede verse.

Anita, al mirar aquella zanahoria, dió de repente un grito, hijo de la sorpresa y de la alegría, y tan fuerte fué el grito que la criada vino en seguida y dió otro también de gozo, como el de su señorita, á la vista de tal prodigio. Rodeaba á la zanahoria un hermoso anillo de oro con un brillante topacio.

— ¡ Hola ! este regalo es sin duda para vos, señorita Anita : es un enlace ; es menester que os lo pongáis en el dedo cuanto antes.

— ¿ Qué disparate estás diciendo ? respondió Anita : debo casarme con el señor Armando de Nebelstern, y no con una zanahoria.

Mientras más miraba Anita el anillo, más le gustaba, porque en realidad el anillo era una verdadera obra maestra y tanto, que aventajaba en su género á todas las producciones de la industria humana.

El círculo estaba formado por mil figuritas enlazadas

en grupos caprichosos y variados, que no se distinguían muy bien al primer golpe de vista; pero que mirados con atención parecía como que se hacían mayores poco á poco, y se animaban y formaban graciosas cuadrillas de baile. El diamante lanzaba tan encendidos reflejos, que difícilmente se hubiera hallado en las galerías de Dresde un topacio más brillante.

— ¿Quién sabe, dijo la criada, cuánto tiempo habrá estado ese anillo debajo de la tierra? Á fuerza de cavar se habrá venido hacia arriba y la zanahoria habrá crecido ensartada ya en él.

Anita sacó el anillo de la zanahoria, y ¡maravilla inaudita! la zanahoria se le escapó de entre las manos y desapareció en el seno de la tierra: Anita y la criada, sin embargo, apenas repararon en ello, absortas como estaban en la contemplación de aquel anillo, que la señorita se puso al cabo en el dedo meñique de la mano derecha. Al ponérselo, sintió un dolor punzante que le cogía desde el nacimiento hasta la punta del dedo; pero se le quitó al momento.

Cuando llegó la hora de comer, Anita contó naturalmente al Sr. Dapsul de Zabelthau la singular aventura, y le enseñó el hermoso anillo que se había encontrado en la zanahoria. Quiso quitárselo del dedo para que su papá pudiese verlo bien; pero sintió un dolor tan fuerte como la primera vez, dolor que le duró cuanto tiempo estuvo tirando del anillo, y que apretó en tal extremo que le obligó á no insistir en su idea. El Sr. Dapsul miró con la más curiosa atención el anillo, dijo á su hija que extendiese el dedo, le hizo describir muchos círculos hacia los cuatro puntos cardinales, se abismó en sus reflexiones y se fué á su torre sin pronunciar una palabra. La señorita Ana oyó á su padre suspirar profundamente mientras subía la escalera.

Á la mañana siguiente, y en el momento en que la

joven estaba en el corral ocupada en perseguir al gallo grande, que tenía muy mala conducta y que hacia la infamia de dar picotazos á los pichones, el Sr. Dapsul de Zabelthau dió tan lamentables gritos con su bocina, que la señorita se estremeció de miedo y gritó ahuecando la mano junto á la boca: « Papá mío, ¿por qué gritáis tan lúgubrememente allí arriba? Estáis espantando á estos animalitos. »

El Sr. Dapsul respondió con la bocina: « Ana, hija mía, Ana, sube pronto. »

Sorprendióse extraordinariamente Anita al oír semejante orden, porque jamás le había permitido su padre entrar en la torre, y siempre cerraba con cuidado la puerta de su gabinete de estudio.

Así es que temblaba como una azogada al subir la tortuosa escalera y al abrir la puerta por donde se entraba á la única estancia de la torre. Su padre estaba sentado en un sillón de forma caprichosa, y rodeado de instrumentos no menos raros, y de libros llenos de polvo. Ella vió que delante de él había un cuadro en un caballete, y encima del cuadro un papel extendido y cubierto de líneas trazadas en todas direcciones. Tenía Dapsul en la cabeza una caperuza larga y puntiaguda, en los hombros una capa de calamaco, en la cara una barba larga y blanca, y en una palabra, todo el aire de un mágico hechicero. Aquella barba hizo que al pronto no conociera á su padre, y echó miradas inquietas á su alrededor, para ver si lo hallaba en algún rincón del aposento; pero cuando cayó en que el hombre de la barba era su padre, exclamó, riéndose de todo corazón: « Papá, ¿qué es eso? ¿Estamos en Noche Buena para que tratéis de espantarnos haciendo el coco? »

El Sr. de Zabelthau, sin hacer caso de las palabras de Anita, tomó un instrumentillo de hierro y con él tocó la frente de su hija y le frotó repetidas veces el brazo dere-

cho desde el hombro hasta la extremidad del dedo meñique. En seguida la hizo que se sentara en su sillón y la mandó que acercase el dedo y el anillo al pliego de papel tendido sobre el cuadro, de modo que el topacio diese en el punto céntrico á que iban á parar todas las líneas, en cuyo momento salieron del diamante mil rayos amarillentos, que dejaron el papel enteramente amarillo. En seguida, todas las líneas se cruzaron, y le pareció á Anita que salían del anillo muchos enanitos y corrían gozosamente por la superficie del pliego de papel. Dapsul, sin apartar los ojos de éste, agarró una hoja muy delgada de metal, la sostuvo con ambas manos en el aire, y ya se disponía á plantarla sobre el cuadro, cuando dió un repentino resbalón y pegó un fuerte batacazo, cayendo de espaldas, y soltando instintivamente la hoja de metal para dulcificar su caída si era posible, y recobrar el necesario equilibrio.

— ¡ Ah ! Dios mío ! exclamó en voz baja Anita, á quien había sacado de su enajenamiento el ruido de la hoja metálica.

Dapsul, levantándose no sin algunos esfuerzos, se volvió á poner la caperuza parda en la cabeza, arregló su barba postiza y se sentó en frente de su hija, sobre una pila de libros en folio.

— Hija mía, le dijo en seguida, querida Ana ; ¿ qué sentías, en qué estabas pensando cuando me caí ? ¿ Qué figuras veías en tu interior con los ojos del espíritu ?

— ¡ Ay ! respondió la señorita Ana, me hallaba tan bien, tan bien, que jamás me he sentido mejor. Pensaba en Amando de Nebelstern : lo distinguía, lo veía perfectamente delante de mí, aun más bello de lo que él es, y fumando, con una gracia nada común, una libra del tabaco de Virginia que acabo de remitirle. De repente, sentí un apetito extraordinario ; tenía un prodigioso deseo de comer rábanos y salchicha, y experimenté un

gran transporte de alegría al observar que me los presentaban. Ya había tendido la mano al plato, cuando me despertó un doloroso sacudimiento.

— ¡ Amando de Nebelstern !... tabaco de Virginia... rábanos... salchicha... dijo el Sr. Dapsul de Zabelthau, arrugando el entrecejo ; y viendo que su hija se preparaba á salir, le hizo una indicación con la mano para que no se fuera.

« ¡ Venturosa tranquilidad de la ignorancia ! repuso con un tono aun más lastimero que el de costumbre ; hija mía, tú no estás iniciada en los profundos misterios de este mundo ; no conoces los peligros que te amenazan ; no comprendes la ciencia sobrenatural de la santa cábala. Por eso jamás disfrutarás los celestiales goces de los sabios, que cuando llegan al más alto grado de la ciencia ni comen ni beben más que cuando se les antoja, ni tienen nada de común con la humanidad ; pero tampoco te verás devorada por las inquietudes, al querer dominar tan sublime ciencia, como tu padre desventurado, débil mortal cuya cabeza de trastorna todavía cuando quiere penetrar ciertos enigmas, á quien sus penosos descubrimientos causan todavía horror y espanto, y que sometido siempre á las necesidades terrestres, se ve obligado todavía á beber, á comer y á hacer, en una palabra, lo mismo que los demás hombres.

» Sábetete, pues, querida hija mía, cuya feliz ignorancia envidia, que el agua, la tierra, el aire y el fuego están llenos de seres espirituales de una naturaleza al mismo tiempo más elevada y limitada que la nuestra. Creo que es inútil, tontilla mía, que te explique la naturaleza especial de los gnomos y salamandras, silfides y ondinas, porque al fin no me entenderías. Mas para darte una idea de los peligros que te cercan, basta con que sepas que esos espíritus aspiran á unirse con los hombres, y sabiendo muy bien que los hombres se horrorizan de

semejante unión, emplean para seducir á aquellos de quien se enamoran, toda clase de medios artificiosos; ya un bastón, ya una flor, ya un vaso de agua, cualquier objeto, en fin, que no tiene importancia ninguna al primer golpe de vista, y con el cual les basta para conseguir su objeto.

» Preciso es confesar que semejantes enlaces son muchas veces dignos del deseo que inspiran: así, por ejemplo, el príncipe de Mirandola nos cuenta que dos sacerdotes vivieron en matrimonio con uno de esos espíritus, y que fueron muy dichosos en su vida común. Preciso es también decir que los sabios más grandes han nacido de la alianza de un hombre con algún espíritu de los elementos. Así el gran Zoroastro era hijo de la salamandra Oramasis, y el gran Aponolio, el sabio Merlín, el arrojado conde de Cleves, el gran cabalista Bensyra, todos nacieron de un matrimonio semejante: más todavía; si damos crédito á Paracelso, la hermosa Melusina no era sino una silfide.

» Tan altas alianzas tienen sin embargo sus no menores riesgos; pues además de que los espíritus de los elementos quieren que aquellos, á quienes aman abran los ojos á las claras luces de la ciencia más profunda, son celosos, por cualquier motivo se incomodan, y se vengán cruelmente de la menor ofensa. Una silfide se habia casado con un filósofo, y un día que hablaba éste con dos amigos suyos de una dama muy hermosa, y que se expresaba tal vez con demasiada animación, la silfide presentó en los aires su pierna finisima y blanca como la nieve, para convencer de su hermosura á los dos amigos, y mató de repente al filósofo.

» Pero ¿por qué ha de hablar de los demás? ¿por qué no he de hablar de mí mismo? Sé que hace más de doce años que me ama una silfide: es tímida y teme dar los primeros pasos; pero yo temo también por mi

parte que se ligue á mí por algún medio cabalístico; y lo temo con tanta más razón; cuanto que estoy sujeto aún á las necesidades materiales por no haber llegado todavía al punto culminante de la ciencia. Todos los días al levantarme hago la firme resolución de observar un ayuno riguroso; dejó pasar el almuerzo; pero cuando llega la hora de comer, Ana; hija mía, ¡Ana! bien lo sabes; como de un modo horrible!

Dapsul habia pronunciado estas últimas palabras con el acento de la desesperación: lágrimas amargas inundaron sus ahuecadas y pálidas mejillas, y continuó después con un tono más tranquilo:

— « Mas para corresponder, en cuanto me es posible, á la benevolencia de la silfide, me porto con ella del modo más fino, más político, más galante y más delicado. No me atrevo jamás á fumar sin haber tomado antes cuántas precauciones cabalísticas están á mi alcance, porque no sé si le gusta á mi tierna y aérea silfide el olor del tabaco, y temo que se incomode al ver que mancho así su elemento; pues los que fuman *knaster* jamás serán grandes filósofos, ni dignos del amor de una silfide. Lo mismo hago cuando corto una rama, ó cojo una flor, ó arranco una fruta ó enciendo fuego, porque en todas mis acciones procuro no comprometerme con ningún espíritu de los elementos. Y sin embargo, ¡ya lo has visto! ya has visto en el suelo esa cáscara de nuez, que me ha hecho resbalar y caerme de espaldas, y echar á perder un experimento, que sin duda me hubiera aclarado el misterio de la sortija! No me acuerdo de haber comido nunca nueces en esta habitación consagrada á la ciencia; bien sabes que siempre he tenido buen cuidado de almorzar en la escalera. Es, pues, evidente que en esa cáscara de nuez se habia escondido algún gnomo que queria introducirse furtivamente en mi cuarto y seguir con la vista todos mis experimentos; pues los espíritus

de los elementos se interesan mucho por las ciencias del hombre, y especialmente de las sublimes que parecen al pueblo profano absurdas y presuntuosas ó peligrosas al menos, por cuanto superan, según dice, las fuerzas del espíritu humano. Estos espíritus asisten muchas veces á las divinas operaciones magnéticas: los gnomos en particular son terriblemente maliciosos, y cuando el magnetizador no ha llegado todavía al alto grado de sabiduría de que te hablaba hace un momento, cuando todavía está esclavizado á las necesidades terrestres, le ponen en los brazos á una hija de la tierra cuando se creía, en los sublimes transportes de su alegría, abrazar á una sílfide.

» Hace un momento pisé la cabeza del enanillo y se encolerizó y me hizo dar el resbalón y la caída; pero el gnomó tenía un motivo más grave para echar á perder el experimento que iba á explicarme los misterios del anillo. Ana, hija mía, escucha: yo había descubierto que te amaba un gnomó, quien, á juzgar por esta sortija tan hermosa, debe ser un hombre muy rico, de buena casa y de buena sociedad. Pero, querida Anita, ¿cómo te has de exponer á los más horrorosos peligros, y comprometerte con un espíritu de los elementos? Si hubieras leído á Casiodoro Romo, podrías responderme sin duda, que, según su muy verídica relación, la famosa Magdalena de la Cruz, mujer muy religiosa, natural de Córdoba, vivió muy dichosa treinta años en compañía de un gnomó y que á la joven Gertrudis, monja de un convento de Colonia, le pasó lo mismo que á la digna Magdalena; pero compara las sabias ocupaciones de tan piadosas señoras con tus groseros y toscos trabajos; ¡ya ves qué diferencia!

» Tú, en lugar de leer libros instructivos, das de comer á las gallinas, á los patos y á otros animales desagradables para todo cabalista; en lugar de observar el

cielo y el curso de los astros, cavas la tierra, en vez de sacar horóscopos y descifrar el libro oscuro del porvenir, bates la manteca y haces quesos para satisfacer groseras necesidades: bien están los quesos, porque me gustan mucho; pero dime: ¿cómo has de poder con tan viles ocupaciones agradar por mucho tiempo á gnomos sentimentales y filósofos?

» ¡Oh Ana! si el dominio de Dapsulheim prospera, es obra tuya; gobierna bien la casa, supuesto que es una obligación terrestre que no puedes abandonar. Hace poco me decías que en el momento mismo en que el anillo te hizo sentir tan fuerte dolor, te inspiró simultáneamente una alegría loca y embriagadora; ahí tienes por qué emprendí mi operación; quería salvarte, desvirtuar la fuerza de ese anillo misterioso, y librarte para siempre del gnomó que tiende contra ti sus lazos. ¡Ay de mí! la malicia del espíritu, oculto en esa cáscara de nuez, ha impedido el experimento; y sin embargo me hallo con un valor que jamás he tenido para combatir con ese espíritu fatal.

» ¡Oh Ana! eres hija mía, naciste, no de una sílfide, salamandra ni otro espíritu de los elementos, sino de una joven de buena familia, excelente ama de gobierno, á quien nuestros impíos vecinos llamaban la señorita Cabra, para burlarse de sus virtudes pastoriles. Todos los días llevaba, á que pastase en las verdes colinas, una manada de cabras blancas y limpias; y yo, enamorado y loco, tocaba la retirada con el oboé desde lo alto de la torre. Sí, Ana, eres y sigues siendo hija mía, sangre mía, y quiero salvarte. Mira esta lima misteriosa; ella te va á librar de ese maldito anillo.»

Al acabar estas palabras el Sr. Dapsul de Zabelthau tomó una limita y se puso á limar la sortija; pero apenas había empezado, cuando la señorita Ana lanzó estos dolorosos gritos: « ¡Papá, papá! que me limáis el dedo.»

Y en efecto, por debajo de la sortija salía la sangre negra y espesa: Dapsul dejó caer la lima, se echó casi desmayado en su sillón y exclamó desesperado: « ¡ Oh triste de mí! El gnomo aparecerá lleno de cólera ahora mismo, y me ahogará, y mi sílfide no viene á socorrerme! ¡ Oh Ana! ¡ Ana! ¡ corre, sálvate! »

La señorita Ana, para quien aquella orden venía á pedir de boca, pues estaba ya cansada de las frases cabalísticas de su querido papá, desapareció con la rapidez del relámpago.

CAPÍTULO III

Llegada de un ilustre personaje al Castillo de Dapsulheim, y continuación de los acontecimientos

El señor Dapsul de Zabelthau acababa de abrazar á su hija con gran abundancia de lágrimas, y ya se preparaba para volver á la torre, donde esperaba de un día á otro que se le apareciese el gnomo encolerizado, cuando, de repente, se oyó el lúgubre ruido del cuerno, y se vió entrar á galope tendido, en el patio del castillo, á un caballero cuya figura era extremadamente cómica. Su caballo amarillo no era muy alto, sino más bien bajo y pequeño, lo que hacía que el caballero, á pesar de su enorme cabeza, no pareciese enteramente un enano, pues descollaba todavía sobre la cabeza de su cabalgadura. En realidad, á lo que debía tan débil ventaja era al largo de su espalda, pues por lo que hace á las piernas y pies,

lo que colgaba por debajo de la silla era cosa tan mezquina, que no hay para qué hablar de ello.

Por lo demás, el tal caballero llevaba una casaca muy linda de raso amarillo dorado, una gorra puntiaguda del mismo color, en cuyo extremo flotaba un verde penacho, y botas escuderiles de anacarado barnizado.

Detúvose delante del señor de Zabelthau dando un penetrante grito: ¡ prrrr! parecía como que iba á bajarse; pero de repente desaparece, rápido como un relámpago, debajo del vientre de su caballo, pega dos ó tres brincoos por el aire hasta la altura de cuatro varas, dando seis vueltas de campana en cada tercia de distancia, y cae en fin con la cabeza para abajo sobre el pomo de la silla. Galopa en esta posición, describe en el aire con sus piecillos un sinnúmero de troqueos, yambos y dáctilos, y da saltos peligrosos y vueltas admirables hacia delante, hacia atrás, sobre la derecha y sobre la izquierda. Después de tan brillantes ejercicios de gimnástica, el hábil escudero se detuvo para saludar con mucha política al dueño del castillo, y entonces se vieron estas palabras trazadas en medio del patio: « *Al honradísimo Sr. Dapsul de Zabelthau y á su señorita hija, salud y respeto.* » Había escrito estas palabras con los pies de su caballo en hermosos caracteres romanos.

El caballero puso el pie en tierra, dió tres vueltas en redondo y dijo que tenía que cumplimentar al poderoso Sr. Dapsul de Zabelthau de parte de su gracioso señor y dueño, el barón Porfirio de Ockerodastes, apellidado Corduanspitz, y que si el Sr. Dapsul de Zabelthau era gustoso en ello, vendría el señor barón, que esperaba ser pronto su vecino colindante, á pasar *sans facon* dos ó tres días en el castillo de Dapsulheim.

Zabelthau, inmóvil y pálido de espanto, más muerto que vivo, y apoyándose en el brazo de su hija, murmuró: « Me será... muy agradable... » Pero apenas salieron